



**JORNADAS “LITERATURA Y PSICOANÁLISIS”
ASOCIACIÓN PSICOANALISTA DEL URUGUAY
2, 3 y 4 de SETIEMBRE de 2005.**

**TODO HUMANO ES UN NOVELISTA
(o debiera serlo)**

**Marcelo N. Viñar.
Tamandaré, Setiembre, 2005.-**

Participando de un momento trivial de la rutina doméstica, pero en pleno uso de su capacidad observacional y de su intuición semiológica, Sigmund Freud descubrió o inventó (los límites son aquí tan equívocos como en la ley de la gravedad intuita por Newton, con al caída de una manzana); Freud describió, reitero, lo que más tarde la historia del Psicoanálisis inmortalizó como el juego del carretel (o de la bobina). A partir de ese descubrimiento inicial miles de páginas han sido escritas sobre el trabajo de simbolización y sus fallos, fracasos y falencias, desarrollando y complejizando un tema crucial en la estructuración psíquica y de la psicopatología.

La gramática freudiana es simple y elocuente. Se trata de significar una emoción, un afecto: la experiencia dolorosa del objeto protector faltante, la vivencia de la ausencia materna. El sujeto afectado, a los 18 meses, crea un juego con el que adquiere patente de autor teatral, gracias a que

su abuelo se implica como espectador crítico, creando un campo bipersonal. La obra (el juego) consiste en transformar la experiencia dolorosa – la pérdida o ausencia del objeto amado – en un despliegue escénico gestual, 1) la acción de arrojar y recoger un objeto (cuerpo expresivo en acción) y 2) en rudimento de expresión verbal, el famoso Fort-Da.

Propuse antes el equívoco entre descubrimiento e invención, para subrayar que en psicoanálisis (¿y en literatura?) es indisoluble el vínculo, (o la atadura), entre el hecho que se observa y el modo de inteligir (de interpretar) lo que está ocurriendo, que no viene de lo observado, sino del “magin” del observador, quien organiza y codifica lo que está percibiendo y ordena su lectura.

La complementariedad de roles entre Freud y su nieto no es fortuita, sino ejemplar de un campo psicoanalítico, el que es – axiomáticamente – bipersonal. Es a esta atadura a la que M. Bajtin llama principio dialógico, que ordena un campo de comprensión diferente del que se da en la observación en ciencias naturales. En éstas el objeto observado no responde e interpela al observador ni lo modifica, mientras que en ciencias humanas, lo observado es un producto de la mente humana e interpela al observador.

En las ciencias naturales se apunta a la objetividad. En las ciencias del Sujeto, solo la saturación de subjetividad logra una comprensión que no surge de la facticidad de los hechos, sino de la lectura empática y creativa de alguien que escucha a otro que quiere expresarse en su singularidad. Dicho en otros términos, existe una solidaridad estrecha entre una

secuencia de acontecimientos humanos y la mirada crítica, rigurosa, empeñada en descifrar sus sentidos, en general polisémicos.

Con este “capital” de conocimiento en mis alforjas, (ahora decimos que somos magíster en Psicoanálisis: ¡tomá pa’ vos y pa’ tu tía Torcuata!), escuché con asombro y deleite una nueva versión de la historia del Fort-Da, en una conferencia de un profesor liceal,-francés, de literatura, Daniel Pennac, cuyo talento lo llevó a ser un novelista de fama internacional.

En forma menos rudimentaria que el niño de Freud, pero con la misma eficacia de taumaturgo, Pennac invitó a su auditorio a invocar y revivir nuestro primer día de escuela primaria. Con un talante escénico inimitable, nos llevó a ese momento crucial de los primeros días escolares. Nuestra madre que nos lleva y nos deja, el mundo familiar y protector de antaño queda en lontananza y un universo nuevo y desconocido se abre con la experiencia inédita de la escuela. Curiosidad, sí, pero también susto, miedo a lo desconocido. Ganas de quedarse y ganas de huir. Mi resumen es torpe, trato de imitar a Pennac, y temo que resulte una parodia. Déjense sugestionar y desde la hipnosis invoquen ese primer día de escuela que cada quien guarda en su tesoro de recuerdos. Cuando la maestra va al pizarrón y escribe dos veces la eme y la a, y enseguida la vocaliza con el volumen y la exageración de un cantante de ópera: MAMA.

Pennac dice (y yo adhiero y comparto) que en ese momento crucial se produce lo que él llama la revolución epistémica más decisiva y vertiginosa por la que la mayoría de los humanos atravesamos, y vamos adquiriendo durante la escolarización.

El grafismo Mamá deja gradualmente de ser críptico (como nos ocurre cuando miramos escritura árabe o babilónica) enlazándose con el fonema que la maestra declama ostentosamente, y ambos gestos, el gráfico y el fónico, se anudan, se entraman con la experiencia reciente de la madre que se ausentó. Además de lo concreto, personal e interior que me pasa allí, a mi y solo a mi, es lo genérico o categorial que les pasa a todos y cada uno de los que están allí conmigo.

De lo concreto a lo genérico, quizás el prototipo elemental para distinguir pensamiento operativo y conceptual.

Pero más que esa disquisición de lógica, me importa señalar el salto del universo familiar al social: la escuela como puerta de acceso a los símbolos patrios y de la cultura, en su doble faz de gloria y ridículo. Que lo que le pasa a todos los que están allí, que también les pasa lo que a mi y sólo a mi, lo que me parece un modo elocuente y formidable de explicar el núcleo de la Einfüllung (empatía) freudiana, ingrediente esencial del lazo social y de la convivencia y fundador del espacio terapéutico. Traigo a colación lo que precede, por obvio y esencial, y porque es una escena que está amenazada en el vértigo de la vida moderna: la empatía de encuentros estables.

Con seguridad otros lectores del juego del carretel y escuchas de la conferencia de Pennac, contarían las cosas de otro modo, con otro énfasis y los cientificistas de IPA y del IJP me reprocharían inexactitudes y exigirían mayor rigor en la citación. Tienen razón y me importa un bledo, yo no apunto ni a las regularidades observables ni a la exactitud, sino lo

que me importa es la penetración expresiva y la eficacia poética. Lo que si bien arriesga la babelización, fomenta la evolución y creatividad y evita el catecismo y la psitacosis. Es lo que Serge Viderman llama la diseminación del discurso freudiano. Cuando el lenguaje se libera de su exigencia operativa adaptativa y se vuelve creativo.

Volviendo de la disgresión. Lo que jerarquizo de mi lectura de Freud y Pennac es la pluralidad de registros expresivos, y su articulación. Esta puede ser funcional, (sublimatoria y creativa) o disfuncional (patológica), lo que importa es el acorde o el arpegio de registros diferentes que se organizan recíprocamente y se apoyan unos a otros. Entre percibir, sentir y significar hay un tramo y la actividad de pensar solo se culmina con el tercer término: significar.

El hecho afectivo, (mamá no está), no está sustituido, sino sostenido, apuntalado por una producción del sujeto afectado, quien mediante la creación de símbolos, mediante palabras y grafismos o mediante una acción intencional y productiva, logra transitar la experiencia de estar desprotegido. Esto no evacua el afecto, sino que lo sostiene, lo apuntala, lo mediatiza. El acontecer desorganizado y anárquico, conquista con la operación simbolizante: premisas y continuidad. Entonces el acontecer se vuelve pensable, historizable. En la historia íntima ¿dónde se anuda la facticidad y la leyenda? El personaje nunca está ya allí, se inventa y se recrea entre los acontecimientos y las construcciones narrativas.

La nominación no es la cosa, pero la invoca, la convoca, comenta Gantheret. Por eso hace más tolerable la ausencia ofreciendo una mediación a la espera. Brindando en la desaparición una discriminación entre la ausencia y la muerte. La distinción entre un tiempo caleidoscópico

(Koolhaas) donde el tiempo es siempre presente- (cuadros sucesivos sentido como eternos) – al tiempo diacrónico, donde la espera esperanzada es posible.

En los temas que trabaja Myrta Casas en los “Caminos de la Simbolización”, siempre hay un largo trayecto para discernir las vías saludables, sublimatorias y las patológicas en que el equilibrio o desequilibrio o la armonía o desarmonía que se produce en esta pluralidad de registros (el substrato afectivo y la angustia, el cuerpo expresivo en acción y la palabra evacuativa, sintomática o la palabra creativa.

Todo esto parece pero no es un ejercicio retórico, sino un cambio radical en el modo de funcionamiento psíquico, en el modo de operar ese “aparato” que llamamos la mente. Lo libera de la inmediatez, de la actualidad de las percepciones (presentaciones), le permite al tramitar la ausencia, crear un espacio de Mimesis donde se tramita la experiencia pasada y la anticipación conjetural de lo que puede ocurrir.

La temporalidad psíquica troca una sucesión caleidoscópica de actualidades perpetuas, mal vinculadas entre si, a una temporalidad diacrónica donde en secuencias lógicas se da una congruencia entre lo que antecede y lo que sucede. Racionalidad viene de ratio. El Vocabulario de filosofía de Lalande dice en su primera acepción: Facultad de razonar discursivamente, de combinar conceptos y proposiciones.

Uds. reconocerán en mi desarrollo una manera de apropiarme en términos que me hagan accesibles y actuales, las tesis freudianas sobre “Los dos principios de funcionamiento psíquico” (las diferencias y oposiciones de lo que él categoriza como procesos primarios y secundarios).

Con mi lectura del Carretel (Fort Da) y la revolución epistémica del inicio escolar de Pennac, quiero contrastar y hacer visualizable la operación fundadora del mundo de Mimesis, donde la mente puede desconectarse transitoriamente del mundo de las presentaciones, de las percepciones, del acontecer material instantáneo. Contrastar esa adaptación operacional a lo inmediato, con la creación de una intencionalidad y anhelos que son propios del mundo de la Mimesis, que se desprende y autonomiza del decurso adaptativo.

(Doy un ejemplo tosco: si voy al cine, al teatro o a una exposición, hay una intencionalidad operativa para llegar allí, pero en ese nivel de registro nada se dice de la emoción estética que nos colma o nos decepciona, que es lo que buscamos vivir de prestado en la mimesis. (La literatura, dice Tomas de Mattos, nos permite vivir de prestado otras vidas que las nuestras.)

Mundo de Mimesis. Dice Juceca al respecto, en los cuentos de Don Verísimo:

“Ud. va y hace las cosas ... después va al boliche y le cuenta a los amigos y recién allí, se da cuenta de lo que pasó”

Es tan simple y elocuente para marcar la diferencia entre el momento transitivo y el momento reflexivo del acontecer psíquico.

Después del sincretismo de los comienzos en que el pichón humano, constituye un mundo autocentrado, ptolomeico, habitamos el mundo concreto de hábitos y necesidades, pero el que una vez saturado no colma el anhelo de estar vivo psíquicamente, y todo individuo, grupo y comunidad desborda el marco de la necesidad para incluir el exceso de la demanda y el deseo.

Contraponer jerárquicamente el acto material y la mimesis, es como sucumbir al dilema del asno de Buridan. Por supuesto que lo material es el soporte o fundamento imprescindible, pero nadie quiere vivir en los cimientos, sino que quiere techos y hasta cornisas. El hecho (mamá se va, tengo hambre, quiero dormir), son el soporte sensorial de lo necesario. El mundo de necesidades básicas ordena un mundo de hábitos (el pattern, el formato o engrama) de comportamientos habituales que ordenan nuestra relación con el mundo, pero sobre los hábitos, rituales y ritmos, se sobreimpone un añadido que va desde la exhuberancia y la lujuria hasta el ascetismo y el despojo como contraparte. Estoy pensando por ejemplo en el Padre Serguei de Chejov, que recorrió uno y otro extremo (desde la lujuria al ascetismo). Sobreimprime la novela donde cada ser humano expresa algo singular, algo opuesto, o (en el reverso de lo que se llama las regularidades observables), subraya lo distinto de lo análogo que hay entre los seres humanos.

Es con ese juego sutil de analogías y diferencias detectables, con sus distancias óptimas y armoniosas, que se configuran el lazo social y los grupos y comunidades. Ocurre también que hay desvíos en esta afinidad que traman el rechazo al extranjero y la xenofobia. Los hombres viven juntos para individuarse o para uniformarse en creencias monolíticas y no ser sí mismos.

Entre el fato y el re(-lato) está la cuota de poiesis, de creatividad, que distingue a cada ser humano del semejante y que lo diferencia como único y distinto.

Quizás este universal no esté homogéneamente distribuido y solo algunos hagan relieve visible en su condición de creadores, pero hay una novela de lo cotidiano a la que la mayoría de los humanos pueden acceder a condición de que sus necesidades básicas estén aceptablemente colmadas; a condición también de no enajenarse en ideales carismáticos y devorantes, abstractos o encarnados, que deleguen en un Otro absoluto el trabajo de individuación a recorrer, refugiándose en la creencia, en la raza, en la etnia o el partido o la tribu. Una novela donde configuramos anhelos, deleites y dolores.

Creo que mi modo de semiotizar la mimesis, enraizándola pero desprendiéndola del mundo material es un intento (el mío) o mi manera de combatir la dicotomía fantasía- realidad como si se tratara de la oposición entre la ficción y la realidad, la verdad y la mentira, o en un rango científico, la diferencia entre lo verdadero y lo falso. Como si la mente humana, dotada de los ojos de Dios, pudiera tan fácilmente llegar a la adecuación de la cosa al intelecto, un regalo divino de San Agustín, que nos ha llevado tanto tiempo y esfuerzo poder desembarazarnos.

Puede que esta dicotomía sea operante en las ciencias naturales donde el referente es extradiscursivo, pero la distinción es menos eficaz y hasta dañina en las ciencias humanas, ciencias del sujeto donde el referente es

discursivo. Sería absurdo decir que el juego del carretel y su penetración expresiva viene del hecho de que la mamá se fue de compras y no de una creación (poiesis) en la mente de Freud. Los objetos discursivos – son productos del lenguaje y de la mente humana. En eso soy bíblico fundamentalista. Primero fue el verbo de dios, que luego creó la realidad del mundo.

Una cierta noche de otoño – consulté la guía de espectáculos de Brecha y me fui a ver Mi Muñequita. Confieso que el anzuelo que me hizo morder fue la edad del autor director. 22 años.

Por azar, nos sentamos con un señor más anciano que yo en primera fila, era MS, también autor y director de teatro un par de generaciones antes de Calderón. Fue muchos meses antes de que la obra se configurara como referente de estas Jornadas. Vimos el espectáculo conteniendo el aliento, creo que deslumbrados por el despliegue escénico y la belleza y frescura de los cuerpos juveniles y el clima de humor de los parlamentos que fragmentariamente lográbamos descifrar. Allí desfilaban, al ritmo de una calesita loca y acelerada, los temas trágicos de todos los tiempos: acoso y abuso sexual endogámico, crímenes y violencias varias, en un clima de humor carnavalesco y en un texto errático y veloz de valencias múltiples e inconclusas. En mis rudimentos de solfeo, era como si los temas que Sófocles o Shakespeare trataron con redondas y blancas, era aquí tocado entre fusas y semifusas. Salimos atónitos y sacudidos y mutuamente los dos viejos atinamos a comentarnos. “Es otro lenguaje”.

La obra me dejó conmocionado, obligándome a pensar. No es poco mérito, no es tan a menudo que eso ocurre. La mastiqué y rumié con ambivalencia, entre el reconocimiento y la amargura, entre la admiración y el rechazo.

No se le perdona tan fácil a un autor -cualquiera sea su edad – que transforme la tragedia en farsa. Algo similar me pasó con “La vida es Bella” de Roberto Benigni en su parábola sobre Auschwitz. No se le perdona llevar su juego invocador de la familia postmoderna a un ritmo vertiginoso que obliga a juzgar tangencialmente sin asidero textual que sustente la reflexión. Que la farsa sea la contracara de la angustia, es un dato ostensible, pero insuficiente.

Espero que mi pataleo no suene a predicamento, no quiero jugar al viejo sabio que cuestiona la legitimidad expresiva de una obra. No tengo la estatura ni la autoridad para este cuestionamiento de valor. Lo hago como cualquier espectador puede hacerlo. Pero lo hago si desde mis valores y creencias, que reflejan a una persona y a una época y sus códigos, que esta obra condena de hecho y de derecho. Pero me parece mas honesto patalear que caer en el elogio, con demagogia juvenilista.

La búsqueda de sentidos plenos me parece irrenunciable. Aunque sepamos que la puja y el desafío de encontrar esos sentidos esté condenada al fracaso, aunque sepamos –como argumenta Imre Kertesz- que el sin sentido es el signo emblemático de este siglo, de esta época. Aunque sepamos que no llegamos lejos con una lógica logocéntrica, aunque digamos que por supuesto sabemos que la razón fracasa, aún así hay que afanarse por entender. No alcanza con sugerir que el fenómeno es

irracional o incomprensible, hay que empeñarse en el fracaso y no usar el calificativo irracional para apartarnos del simple hecho de la cosa real que nos interroga.

Los hechos por sí solos no dicen nada, son archivo estéril sin un punto de vista organizador y ordenador, una filosofía. El mito de la razón del siglo XVIII, agrega el mismo autor, fue el último mito productivo y su conversión en cenizas nos ha condenado a la orfandad psíquica¹, sigue diciendo Kertesz.

No se trata de un debate entre el lenguaje verbal y otras formas expresivas². Si el lenguaje verbal dijera todo, no habría la música, la danza y las artes plásticas. Se trata de que en todas las formas expresivas hay sea una exigencia de complejidad sea transacciones evitativas desdiferenciantes, que apuntan a la evitación o fuga del sentido. No oculto que eso me irrita y me violenta, aunque tampoco tenga fundamento ni autoridad para deslegitimar el otro punto de vista que deslegitima al logocentrismo. Es solo un punto de vista, pero es mi punto de vista, aunque varios jóvenes me hayan dicho que a ellos no se les derrumbaron los ideales y utopías, ni se le fracturaron las memorias, como hecho central de nuestra generación.

Al día de hoy, la plétora de acontecimientos, la saturación de información y la cultura del vértigo, parecen ser el rasgo hegemónico dominante de la

¹ Kertesz, Imre. Un instante de Silencio en el Paredón: El holocausto como cultura. La vigencia de los Campos. Herder editora. Barcelona, 1999. Pág. 55.

² Dice Tomas Bedo: "En el mundo del self, hay cosas que no se acomodan al esquema gramatical de expresión. No por eso son inconcebibles, deben concebirse por medio de un código diferente al del lenguaje discursivo. Este no es nuestro único producto articulado. La vida es más amplia que la razón discursiva". En: Revista Uruguayana de Psicoanálisis, n° 68, pp.39-55

instantaneidad cultural en occidente, muchos autores lo argumentan. También una época rebosante de acontecimientos apocalípticos, dice Kertesz.

Siempre que hubo culturas hegemónicas, hubo culturas de resistencia. En esa trinchera me enrolo. Perdomo y Calderón traen, con su estilo y estética temas cruciales del teatro universal. Producen impacto y conmoción. Mis respetos, pero también mis objeciones, para fomentar la controversia. Me da escalofrío tratar los Crímenes Antiguos de la humanidad, los crímenes perpetuos en tono de farsa. Reconozco que para un joven puede ser la única vía de acceso, no soy yo quien puede marcarle sus logros y falencias, sino para contarle el impacto que le produce la farsa del siglo XXI a un viejo de la primera mitad del siglo XX.

Para ir clausurando, no con conclusiones, sino con interrogantes y enigmas que me asedian.

El trabajo de simbolización, al que aludí con el esquema freudiano del carretel y el primer día de la escuela de Pennac, es tan permanente en la vida como el respirar, y va redactando una novela perpetua e inconclusa, de lo que –intermitentemente- tomamos conciencia.

Que el neurótico (mi paciente y yo) sea un novelista – ya lo dijo Freud y eso me atrae y captura mucho más que ciertas especulaciones metapsicológicas. Que esa novela sea un imaginario lleno de falsedades, como consignó Lacan en su seminario sobre el Yo (Libro II) y El Revés –Reverso del Psicoanálisis –(los 4 discursos (Libro VII), no me inquieta en lo más

mínimo porque esas mentiras son la vía regia, el “Sésamo ábrete”, o lo esencial de su condición de sujeto humano, es decir anclado al lenguaje, a la cultura y más conjeturalmente a su constelación pulsional singular. En palabras de Imre Kertesz, más conciso que los psicoanalistas: “Porque el ser humano es un ser que dialoga y no cesa de hablar ... cuenta sus quejas y sufrimientos, que no son meras descripciones, sino testimonios y quiere que estos sean categorías y se conviertan en fuerza espiritual legisladora”³

Pero la simbolización –materia común de nuestros dos oficios- es el ejercicio de una falencia. Un resto inalcanzable, inaccesible será siempre la sombra que oscurezca nuestros empeñosos esclarecimientos. Afirma François Gantheret:

“Toda nominación funciona alrededor de un resto inalcanzable. La palabra no es la cosa, algo se escapa irremisible y necesariamente. La cosa es si es innombrable, creada como horizonte inaccesible por el lenguaje. Salvo en la psicosis en que la palabra es tratada como la cosa. Es el excedente de la cosa sobre la palabra, que hace del lenguaje el ejercicio mismo de una invalidez”

Si la falencia no es excesiva o abrumadora, lo faltante será el motor y el estímulo para el próximo paso. Si nos abruma y desborda en exceso, habremos de sucumbir al síntoma o la desorganización y será mejor pedir ayuda.

³ Kertesz, Imre. Op cit

Quizás la incapacidad de acompañar los ritmos narrativos vertiginosos sea un problema de mi persona o de mi generación y su organización psíquica o hábitos mentales. Todos sabemos el tiempo y la penuria que nos insumió apropiarnos de unas pocas verdades y asumir una relación crítica con el mundo. Y esto lo logramos, dialogando, parsimoniosamente, en esos espacios coloquiales que Marcio Giovannetti llama de Hospitalidad y Permanencia.

Desde esta posición tengo una relación de desconfianza aprehensiva, quizás condenatoria de la cultura de lo efímero y la instantaneidad, como evitación o fuga del trabajo de búsqueda de sentidos, búsqueda que antemano sabemos fracasada. Pero, como dice el Quijote, lo que importa es el camino, no la morada. Quizás el vértigo pueda crear otras formas de simbolización, tan fecundas o mejores que las que nuestra generación pudo construir. A los jóvenes de demostrarlo.

El trabajo de significar la experiencia es no sólo inagotable e inconcluso, sino que un resto indescifrable acompaña el trabajo de significación como la sombra al cuerpo, esto es sabido.

Le importa al psicoanalista para enriquecer su comprensión de estructuración psíquica, le importa a las ciencias sociales para definir su concepción de la construcción de ciudadanía, nos importa a todos para entender los cambios del mundo actual.

El video clip o La Muñequita, son ejemplares del ritmo vertiginoso de una plétora representacional desbordante. Yo me pregunto qué efectos tiene la velocidad del ritmo narrativo sobre las inscripciones resultantes del trabajo de significación.

Yo me siento indigestado. Me pregunto si es un problema personal o de la época.

Seguramente el asunto está toscamente planteado, a modo de borrador, a modo grito socorro o invitación para pensar juntos como digerir esta indigesta saturación del presente.

Terminamos con palabras de León Felipe:

SE TODOS LOS CUENTOS

**Yo no sé muchas cosas, es verdad
Digo tan sólo lo que he visto.
Y he visto: que la cuna del hombre la mecen con cuentos ...
Que los gritos de angustia del hombre los ahogan con cuentos ...
Que el llanto del hombre lo taponan con cuentos ...
Que los huesos del hombre los entierran con cuentos ...
Y que el miedo del hombre
ha inventado todos los cuentos.
Yo no sé muchas cosas es verdad.
Pero me han dormido con todos los cuentos... Y sé todos los
cuentos.**

Marcelo N. Viñar

Joaquín Núñez 2946 - C.P. 11300

Telfax: (5982) 7117426

E-mail. maren@chasque.apc.org

Montevideo, Uruguay